

Imagen: *Salomé* de Pierre Bonnaud (wikimedia.org)

Carta a un… villano[1]

Por Coordinación de la Dirección de Infraestructura Académica UAEM

Querida Salomé:

Te escribo porque deseo compartir la impresión que me provocó el deseo inmutable y grotesco de tener en tus manos la cabeza de ese pobre profeta que se hacía llamar Jokanaán.

Eres una mujer cegada por el amor y te has convertido en una dama malvada por provocar la muerte de Jokanaán para satisfacer tu deseo obsesivo.

Observo que traes contigo un ángel, pero de muerte. Se le puede sentir y oír en el aire, porque no sólo ordenas la muerte, sino que la provocas a tu alrededor. Incluso florece sobre tu piel y te hace ver más blanca que la nieve, que la piel de la luna en cuanto sale a asomarse en la oscura noche.

Princesa, bien lo dicen, eres esa luna que busca algo muerto entre los vivos, entre los elegidos por el ser divino para hacerlo tuyo, para tocarlo y unir sus labios con los tuyos.

Has contradicho las leyes del universo al querer sentir vida en ti, pues llevas la destrucción en tu pecho; no sientes más que puro deseo, embrutecido y revoltoso que sólo consigue destruir todo.

No culpo tus deseos por darle muerte a quien te hizo sentir que de amor mueres; he considerado que bien merecido lo tiene por blasfemar contra Herodías, quien ha sido de ti, por sobre todas las cosas y por sobre los más grandes reyes, tu madre.

Encuentro agradable esa unión entre ella y tú, pues coinciden en el deseo que le provocas a Herodes.

Ella se oponía al trato entre tú y Herodes; danzabas para él a cambio de tu deseo, moneda de cambio para el acto.

Jugaste a ser hermana en cuanto se cumplieran tu propósito y la profecía. ¡Qué lástima, querida, que te hayan dado muerte al término de esta gran historia escrita por Oscar Wilde!

Salomé, ícono de la muerte y de la belleza, de la oscuridad que guardaba tu blanquísima piel.

Quisiera hablarte también de una historia parecida: la mía. Confiarte lo que alguna vez me llevó al borde de la locura; como tú, pude probar el sabor del amor amargo, el sabor a sangre en sus labios que, aunque eran de color rojo, muertos estaban.

Muertos porque no me besaban, no me deseaban.

Me hubiera gustado tenerlo como tú tuviste a Jokanaán entre tus manos, con los ojos cerrados, y su fina sangre goteando como castigo por su egoísmo.

Al igual que tú, le quise y pedía que me mirase, pero siempre se negaba a atenderme, hasta que era hora de olvidarlo.

A diferencia de ti, yo le di muerte en mi corazón, y en mi mente su recuerdo fue enterrado.

Tal vez ya te aburrí, porque sólo piensas en los ojos de Jokanaán, de los que decías que eran negros removidos por fantásticas lunas.

O tal vez piensas en su cuerpo, del cual decías que era blanco, como los lirios del valle, o como nieve de las montañas de Judea.

O recuerdas su cabello, el que contemplabas como racimos de uvas negras que colgaban de las viñas de Edom en el país de los edomitas.

Mi querida Salomé, tu historia es una tormenta, una tragedia y una faceta del amor mal correspondido hacia una princesa. Besarlo era lo único que pedías y él te lo negaba; te hacía esclava de tu desatado deseo y de su posición tan terca.

Salomé, tu capricho te llevó hasta las últimas consecuencias… perdiste la vida por necia; te aferraste a su cabeza para poder morder su boca.

Salomé, oscura y maldita, de belleza infinita, espero me leas recostada en tu tumba y te revuelques al pensar de nuevo en Jokanaán. Espero y lo encuentres con otra vida y esta vez sí seas correspondida.

Eres una pobre gitana, diosa de las tinieblas, bruja condenada; tú también fuiste entregada en bandeja de plata.

Necio amor el tuyo, te llevó a tu destrucción; sin saber, te entregó a los brazos de tu ángel que por mucho te había seguido para llevarte consigo.

Tan fugitivo tu amor que sólo sentiste su sabor amargo.

Me despido de ti y te deseo un eterno descanso.

Atentamente
Julieta Santino

[1] Textos ganadores del concurso "Carta a un… villano". *Querida Salomé* corresponde a la categoría Nivel Medio Superior (Plantel "Ignacio Ramírez Calzada") y *A la creación del Dr. Víctor Frankenstein* a Nivel Superior (UAP Cuautitlán Izcalli).

A la creación del Dr. Víctor Frankenstein:



Ilustración: Gerardo Mercado

Tras conocer su historia, he sentido el irrefrenable impulso de dirigir las siguientes palabras a su merced. Sin albergar el más mínimo ápice de temor en mi corazón, confieso que me ha conmovido infinitamente escuchar aquel testimonio que de usted se ha dado al mundo.

Víctima de injurias, vituperios y el rechazo más atroz desde el momento mismo en que la chispa de la vida recorrió cada fibra de su ser, se ha visto obligado a huir y ocultarse de la vista del vulgo. Tan terrible fue la forma de juzgarle, que vuestro creador no fue capaz de afrontar aquello que se develaba ante sus ojos.

El enorme cuerpo del moderno Prometeo, confeccionado con laudable maestría durante innumerables días y noches, fue fruto del desenfrenado deseo del doctor por desentrañar la misteriosa alma del hombre. Aquella, la que sería su obra maestra, devendría en un ser excepcional; nunca antes se había visto sobre la faz de la Tierra algún otro que pudiera equiparársele.

¡Y cuán excepcional demostró ser! Al errar por parajes boscosos con la conciencia de un recién nacido, encontró la manera de asegurar su supervivencia, tal como lo hicieron nuestros antepasados nómadas; redescubrió el fuego y exhibió la increíble capacidad de raciocinio que le fue concedida. Aún más impresionante fue el hecho de que aprendiese el lenguaje de los hombres sin mantener contacto directo con ellos en momento alguno. Ha sido usted el objeto de la síntesis de la historia evolutiva y esencia de la humanidad desde sus albores.

Su creador efectuó un trabajo tan perfecto que produjo un ser integral; se mostró no sólo como pensante, sino como uno capaz de sentir; así de inocente, perdido y anhelante de afecto, se le llamó "monstruo", hecho que me parece indignante, puesto que ha sido la sociedad quien ha guiado sus manos hacia los cuellos de sus víctimas.

El oprimente miedo del que fue presa la población, producto de su ignorancia, fue el verdadero motivo de su transformación a un personaje vengativo y temeroso. El monstruo de Frankenstein fue lanzado al mundo por los delirios de un eminente científico y también abandonado a su suerte. Las atrocidades de quien ha sido su autor no son más que el producto de vuestra atormentada y solitaria alma.

Tanto usted como los pecados de su creador habrán ardido ya en aquella pira, en el lugar más septentrional y alejado del hemisferio, sin haber satisfecho su única voluntad: encontrar la compañía de algún semejante confeccionado especialmente para usted.

No espero respuesta alguna; dejar estas palabras al aire no resulta distinto a enviarlas a aquellos álgidos y desolados parajes en los que vuestros restos se hallan dispersos.

La Muerte Chiquita